

¡SOY YO, NO TEMAN! (Mt 14,22-33)

(Después que la muchedumbre comió),²² inmediatamente Jesús obligó a los discípulos a subir a la barca y a ir por delante de él a la otra orilla, mientras él despedía a la gente.²³ Después de despedir a la gente, subió al monte a solas para orar; al atardecer estaba solo allí.²⁴ La barca se hallaba ya distante de la tierra muchos estadios, zarandeada por las olas, pues el viento era contrario.²⁵ Y a la cuarta vigilia de la noche vino él hacia ellos, caminando sobre el mar.²⁶ Los discípulos, viéndole caminar sobre el mar, se turbaron y decían: «Es un fantasma», y de miedo se pusieron a gritar.²⁷ Pero al instante les habló Jesús diciendo: «¡Ánimo!, soy yo; no teman». ²⁸ Pedro le respondió: «Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti sobre las aguas». ²⁹ «¡Ven!», le dijo. Bajó Pedro de la barca y se puso a caminar sobre las aguas, yendo hacia Jesús. ³⁰ Pero, viendo la violencia del viento, le entró miedo y, como comenzara a hundirse, gritó: «¡Señor, sálvame!» ³¹ Al punto Jesús, tendiendo la mano, le agarró y le dice: «Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?» ³² Subieron a la barca y amainó el viento. ³³ Y los que estaban en la barca se postraron ante él diciendo: «Verdaderamente eres Hijo de Dios.»

Del domingo de la Transfiguración pasamos hoy al domingo al domingo de la Revelación. De la teofanía en el monte a la teofanía en el mar. De la teofanía en la cual Dios mismo presentó a su «Hijo amado» (Mt 17,5b) a la teofanía en la cual los discípulos comprendieron la filiación divina del Nazareno: «verdaderamente eres Hijo de Dios» (33b). En ambas teofanías (auto-manifestación o auto-comunicación de Dios al hombre) se repiten curiosamente varios elementos. El monte: donde Jesús se encontró con su Padre al momento de la Transfiguración y a donde sube solo para rezar, para encontrarse con Él. Un segundo elemento: Los discípulos temerosos o miedosos. Tuvieron miedo frente al misterio de la Voz poderosa que se oyó entre las Nubes y miedo frente al Nazareno a quien lo vieron caminar sereno sobre las aguas. Otro elemento es Pedro, el entusiasta Pedro, quien no comprendió casi nada de los misterios que iba viviendo, como lo dijo Lucas (9,33). Pedro exaltó de gozo al contemplar la Transfiguración del Maestro y, del mismo modo, se emocionó tanto cuando vio a Jesús caminar sobre las aguas, que él mismo quiso experimentar lo mismo. Y un último elemento que se repite, y quizás es el más importante, ya sea el día de la Transfiguración como día de la tormenta en el mar de Galilea: «No teman», dijo el Señor, pero esta vez, añadió una verdad teofánica: «Soy yo».

Misteriosa similitud. Con esta breve lista ya tenemos varios elementos para reflexionar con el texto bíblico. No te olvides, cuando se lee y reza con los Evangelios la principal finalidad es conocer los misterios de Dios y de su Hijo amado, y al mismo tiempo, comprender los misterios del hombre. Nuestra efímera existencia. Pues, para conocer al hombre hay que conocer a Dios, como nos ha enseñado el Concilio Vaticano II.

Jesús y sus discípulos

Nuevamente tenemos un evangelio con pocos personajes. Se aprende siempre de las personas. Por un lado, el Nazareno, a quien se le menciona como «Jesús», «Señor» e «Hijo de Dios», y por otro lado, los discípulos, los Doce amigos del Nazareno, aunque sobresale, como siempre, Pedro. Él es el único que no tiene miedo, a diferencia de los

otros. El único que se arriesga. El único que intenta imitar al Maestro. Y es también el único que se hunde. Pero, y esto es lo interesante y hay que anotarlo, es el único que experimenta el brazo fuerte y la mano tendida del Maestro que lo «agarra» o sostiene (31a). Existen además otras diferencias que nos dicen mucho para seguir profundizando los misterios del Señor. Por una parte, aparece Jesús, aquella noche, sobre aquel famoso monte, o sea, en tierra firme, sereno y tranquilo; mientras que los discípulos se sentían zarandeados por las olas violentas de aquel mar sumamente movedizo. Aquella noche oscura, fue para los discípulos, una noche violenta y agitada, sin brújula ni destino; mientras que para el Maestro fue una noche de oración, de silencio, de meditación y de diálogo con el Padre. Los Doce, a pesar de estar juntos, estaban desesperados dentro de la barca, golpeados por las olas de aquel mar agitado. Andaban a la deriva, sin rumbo y en peligro de muerte. Jesús, aquella noche, tampoco estaba solo. Estaba en el monte junto a su Padre. Estaba en oración, «porque el Señor es mi fuerza, mi roca y salvación» (Sal 18,2). Los discípulos, ante la violencia del agua y el ruido espantoso del viento, andaban enloquecidos e incapaces de reconocerse a sí mismos. ¡Eran pescadores! Sin embargo, el miedo los consumía. Jesús, en cambio, en la oración y en el silencio de aquella noche, y a través del diálogo con el Padre, clarificaba su misión y existencia, que no es poca cosa: «Soy yo», lo dijo en el momento más pertinente.

Es un evangelio lleno de detalles sobre los cuales podemos reflexionar. Sin embargo, te invito a permanecer sobre un punto, a modo de meditación. En este momento de tu existencia, ¿Con qué grupo te identificas? (con los doce que andan desesperados y sin rumbo sobre las aguas agitadas o con aquellos que dialogan con el Padre sobre aquel monte seguro y firme) ¿Dónde has construido tu hábitat? (en el mar movedizo y desesperante, violento y oscuro de la existencia humana o sobre el monte del Señor, que es roca firme, lugar seguro y sereno). ¿Hacia dónde llevas a tus hijos...?

Pedro y Jesús

El pescador no conoce a Jesús. Así es. A pesar de haber ya convivido un tiempo con el Maestro, no lo conoce. Estamos casi a la mitad del ministerio público de Jesús. Pedro ha visto los milagros del Señor, ha escuchado su discurso y parábolas de Jesús, ha visto la Transfiguración, sabe que es el Hijo de Dios (Mt 17,5b), sin embargo, no conoce aún a Jesús. ¿Por qué? Analizamos el texto.

Conocimiento de Jesús. Aquella misteriosa noche, Él caminaba o se movía sobre las aguas. Las aguas, el mar, tienen muchos significados en la Biblia. Es un símbolo de purificación y también es un signo de vida y muerte. Pero moverse *sobre* las aguas es una característica propia de Dios, como dice Gn 2,1. Ningún ser humano posee semejante capacidad. Es un atributo divino. Jesús puede hacerlo, porque es Hijo de Dios. Caminando sobre las aguas, Jesús demostró que «no es un fantasma», tampoco un simple hombre como todo hombre (33b). Es hombre y es Hijo de Dios, pues Él sabe quién es. Él sí se conoce a sí mismo. «Soy yo», dijo, que es otra forma de decir el nombre de Dios o es otra forma de identificarse con y como Dios, el Señor.

Conocimiento de Pedro. En cambio, Pedro no se conoce a sí mismo, como muchos de nosotros. Es más. No se conoce ni conoce al Maestro, a pesar de convivir ya tiempo con él. Pedro, ya lo dijimos, a diferencia de sus amigos, no tiene miedo. No se asusta ante las olas violentas ni ante la presencia casi fantasmal del Maestro. Pero es fuerte. Camina seguro y auto-determinado. Psicológicamente anda convencido de sí mismo. Es más. Aquella noche, viéndolo caminar a Jesús sobre las aguas, él quiere hacer lo mismo. No teme arriesgar. No teme experimentar lo inaudito. Él se lanza seguro de sí mismo. ¡Ven! Le

dice el Señor. Después de algunos pasos, «viendo la violencia del viento, le entró miedo» y empezó a hundirse (30a). El pescador se desesperó en el mar. El pescador empezó a ahogarse. Y gritó: «Señor (así le dijo al Maestro), Señor, sálvame» (30b). El Nazareno le agarró de la mano y lo salvó.

¿Qué pensaría Pedro de esta experiencia? ¿Qué conclusiones sacaría una vez que volvió a la barca y el mar se tranquilizó? Probablemente y muy probablemente se preguntaría: ¿Quién es el Nazareno? ¿Quién es este hombre? «Él puede caminar sobre las aguas y yo no». Conclusión. Pedro no sabe quién es Jesús. No ha logrado aún entender la diferencia entre él, pobre pecador, y el Nazareno, el Hijo de Dios. Pero aún hay tiempo, Pedro, para conocer a Jesús. Conocerle es un proceso, lento pero edificante. Segunda conclusión: Pedro no se conoce a sí mismo. Él, pescador profesional, que se sentía seguro, fuerte y sin miedos, se desesperó ante la violencia de las aguas. Él, que no tuvo miedo, gritó desesperado. Él, que andaba seguro de sí mismo, se hundía en las aguas profundas e inestables. Él, seguro de sí mismo, se dio cuenta que necesitaba del otro para no hundirse...

¡Cuanto más conocemos a Cristo, más conocemos al hombre! Dicho de otro modo, ¿Cuánto conoces a Cristo y cuánto te conoces a ti mismo? Difícil respuesta. Pedro aprendió caminando detrás del Maestro. Aun así, no logró conocerlo, ni siquiera el resto de su ministerio público. Cuesta conocerse a sí mismo... cuesta conocer al Señor... si no puedes, grita: «¡Señor, sálvame que me estoy hundiendo!»